

influencia jesuítica se tornó en Portugal contra la universidad de Coimbra para vincular y amortizar ella sola en sus manos la educación pública. Por 1552 pedían los Estados que las rentas votadas á la Universidad se revocasen definitivamente. La secta jesuítica envolvía el pequeño reino en sus apretadas redes. Rodríguez de Acevedo y Paulo Camerate habían llegado allí expedidos por Ignacio de Loyola y aceptados por Juan III para contrarrestar el influjo humanitario de Coimbra y extender el paño fúnebre de la reacción universal sobre aquella especie de túmulo. Évora se había convertido en verdadera Universidad jesuítica. Coimbra misma, á las orillas del Mondego, Safins á las orillas del Miño, Évora, Oporto, dominados por la Compañía, mostraban cómo en cualquier camino la secta jesuítica se ponía con resolución verdaderamente incontrastable al atisbo de todos los progresos. En poco tiempo el alma de Portugal fué una colonia de San Ignacio. Y comprendiendo los jesuítas cuánto y cómo la corta extensión del reino influía en su predominio y en su prestigio, opusieron constantemente á la incorporación de Portugal con España; y una vez incorporados los dos reinos, trataron siempre de romper aquella unidad contraria por completo á sus intereses monásticos. La Orden, de origen español, resultó en Portugal cruel enemiga de España. Y bien caramente lo pagó Portugal. A los esplendores del Renacimiento asiático, sucedieron las humaredas terribles de la Inquisición. Para probar cómo domina la unidad del espíritu en la historia europea, no hay sino decir que Juan III de Portugal resulta un reaccionario tan impenitente como sus contemporáneos Ignacio de Loyola, Felipe II, María la Sanguinaria, el duque de Alba, Gregorio XIII, Catalina de Médicis, y otros personajes análogos, manifestaciones varias de una misma fundamental idea. Así, organizó la Inquisición, y la extremó como ningún otro monarca. Esbirros crueles celaban todas las puertas; delatores numerosísimos metíanse por el seno de todas las familias; el tormento se aplicaba con perseverancia para sacar confesiones involuntarias de herejía y tener así mayor número de víctimas, los verdugos, enmascarados, envueltos en sus larguísimas hopalandas, y cubiertos con su negro capuz, al través de cuyos agujeros parecían las siniestras miradas fuegos fatuos, multiplicábanse por todas partes, como exterminadoras especies; en las entrañas del suelo abríanse calabozos parecidos á sepulcros, donde multitud de vivos enterrados acariciaban el suplicio como una esperanza; veíanse á todas horas, procesiones custodiadas por mosqueteros, presididas por dominicos, señaladas por la cruz y la bandera imperial circuidas de familiares, compuestas por reos de diversas categorías y hasta por muertos á quienes se castigaba sacándoles del inviolable sepulcro para usurpar á la divinidad misma su juicio. Eran de ver los guiones siniestros, los alguaciles crueles, los reos con sus sanbenitos al cuerpo, sus cirios en las manos y sus carrochas pintarrajeadas en la cabeza; el Auto apercebido con sus postes, con sus tablados, con sus hogueras, donde morían, entre los aplausos de los cortesanos y ante la presencia del Rey, pobres mujeres por brujas, y jóvenes varios por judaizantes, y este por no haber

comido ázimo, y aquel por no haber gustado cerdo, en aquellos horrores de la reacción universal.

Bien pronto la idea de lo imposible y de lo utópico se subió á la cabeza de un príncipe muy heróico, pero muy demente; capaz de todos los sacrificios y de todos los martirios, pero incapaz de aquella madurez y de aquella prudencia, indispensables en quienes deben responder, no sólo de su propia vida, sino de la vida superior de todo un pueblo y de la seguridad de todo un Estado. Portugal, convertido por las magias y las hechicerías del jesuitismo á ciertas ideas milenarias y mesiánicas, había caído en una verdadera locura. Las gentes veían ataúdes flotantes en las nubes, incendios en los ocasos, figuras sobrenaturales en el viento, sacudidas en la inercia é inviolabilidad de los sepulcros. Era la mente lusitana una especie de sábado siniestro iluminado por azufre. Entre aquellos efluvios de ideas vino al mundo el temerario infante don Sebastián, que reventaba los caballos bajo sus espuelas, en carreras vertiginosas; que salía en plena mar en barcos frágiles para combatir con las tempestades, que soñaba derruir los muros de Constantinopla, y levantar su corona en las Pirámides, y rehacer á Godofredo de Bouillon y sus cruzados en los desiertos de Palestina. La cruzada era su monomanía y el Africa su pesadilla. Para tales empresas necesitaba un genio aventurero, y lo tenía. Este genio aventurero no consultaba la razón de Estado; abría las tumbas de sus predecesores, y consultaba con los cadáveres como si fueran vivos. A don Juan II en el monasterio de Batalha lo sacó de la tumba, y lo puso de pie con espada y cetro para contarle todos sus pensamientos. A fin de hallarse más aparejado al combate hacía voto de castidad y juraba no pensar en mujer é hijos; recluyéndose horas enteras en el convento de Almeirín para consultar con el jesuítas Simón Gómez ó leer la historia de San Ignacio de Loyola, en la cual enloquecía de fanático entusiasmo la velada de armas ante la Virgen y la peregrinación á Jerusalén en busca de la reconquista por sí sólo del Santo Sepulcro. Nunca se vió en héroe alguno de la Historia tan estrechamente unido el carácter aventurero de la caballería andante con el carácter místico de la leyenda monástica, como en este coronado héroe. Las utopías jesuíticas habían hallado en él su encarnación más brillante y más viva. Lo imposible resultaba una palabra vana para su razón enamorada de todas las utopías. Así, brilló como brillan esos aerolitos, en obscura noche que parecen soles deslumbrantes superiores á las estrellas, y resultan al cabo fríos é informes pedruscos. La imprudencia en el político equivale al valor en el suicida. Mucho hay de grande y heróico y extraordinario y épico en una empresa de arriesgo de temeridad; pero hay poco de político, pues la política sólo excusa las derrotas, cuando se han empleado todos los recursos y se han puesto á una todos los medios para el decidido logro de la indispensable victoria. La imprevisión sobresalía en todos los defectos de aquel héroe de las aventuras religiosas. Para evitar los consejos de la prudencia y de la sabiduría, el rey don Sebastián se refugió en alta mar; y allá expidió

las letras convocando por medio de ocho mil cartas las milicias de los ayuntamientos y las mesnadas de los Consejos. Esta extraña locura pudo costarle sin remedio la vida; porque una tempestad le sorprendió en alta mar, le arrastró hasta Madera, de donde no volvió sino tarde, haciendo creer á sus vasallos que se lo había tragado el Océano. Pío V, aquel Papa inquisidor, fiado en la facilidad inmediata de la restauración religiosa, fomentaba las demencias del monarca portugués, como los aventureros proyectos de don Juan de Austria; y para más incitarlo, como aquel se llamaba don Sebastián, remitíale flechas de las empleadas, según tradiciones piadosas, en atravesar las carnes del Santo. Una leva inmensa se promovió en el exhausto Portugal, que apenas pudo producir nueve mil milites bisoños. Así, el Papa mandó novecientos hombres; Castilla tres mil, aguerridos y disciplinados, como quinientos hidalgos; Alemania unos tres mil mercenarios; componiendo entre todos, incluso los musulmanes del destronado Emir de Fez, cuya reposición le sirvió de pretexto á la empresa africana, como veinticuatro mil hombres. Vistieron éstos cual si fueran para un simulacro; é iban á una catástrofe. Despidieronlos en los muelles lusitanos, como si partieran á una fiesta; y partíanse á una derrota. El 25 de Julio, cuando la armada compuesta de innumerables buques, levaba anclas, bien puede decirse que conducía seguramente al pobre Portugal para enterrarlo en los arenales de Africa. Don Sebastián llevaba consigo la corona imperial de Fez, forjada desde su arribo para ceñírsela á las sienes; y hasta el predicador que había compuesto la oración sagrada de su victoria. Pero los moros le llamaron al interior para que no pudiese defenderse de ninguna suerte sobre aquel suelo abrasado del desierto libico, tan funesto al soldado europeo; cuando ya le vieron engolfado en las arenas ardientes, sin base de operaciones, lejos de la costa donde tenía punto de apoyo tan seguro como Tánger, lanzáronse con el furcr astuto de los tigres en el momento más propicio para ellos sobre su presa. No era un ejército el ejército cristiano, era una legión de cadáveres ambulantes. Llevaban desde Arcilla siete jornadas, y ya no tenían qué comer. Así, nada más fácil que acabarlos con sólo un relámpago, pues no duraría hora y media la batalla. No caen las espigas de un trigo á los golpes de siniestra granizada como cayó aquel ejército al filo de las cimitarras. Parecía que se los tragara el desierto. Don Sebastián, que nunca creyera en la derrota, desapareció, y no ha podido saber aún la Historia su paradero. Contó con trono, que se viera desde todos los puntos de la tierra, y que tocara en las estrellas del cielo, para no encontrar luego ni siquiera un sepulcro conocido y seguro, como los más pobres y más humildes mortales. Su pueblo todavía lo espera, y creo que volverá de nuevo á encontrarlo en lo porvenir, porque algún ángel lo arrebató al cielo y lo tiene allí sobre las alas de la muerte para devolverlo algún día en mística nube á su patria. ¿No se observa en todo esto el carácter peculiar al jesuitismo, doctrina inventada por un genio sin contar con las posibilidades y las realidades múltiples de la Naturaleza y del alma? ¿No veis en

todo esto uno de los mayores y más grandiosos esfuerzos que puedan imaginarse para encontrar por todo resultado el desierto y la muerte? Esa esperanza vana de la resurrección imposible de un rey desaparecido en las arenas del desierto ¿no es la esperanza de los judíos, de los jesuitas, de todos los reaccionarios en toda la redondez del planeta? Mirad á España y Portugal víctimas de la reacción religiosa; y decidme luego si pueden conocerse mejor los estragos de una doctrina de una secta funestísimas que ha extendido el desierto moral sobre la humana conciencia! La historia de don Sebastián es un verdadero simbolismo.

Dígase lo que se quiera, el jesuitismo es una orden en completa decadencia. Poseedores de casi todas las Universidades católicas desde la mitad del siglo décimo-sexto, ¿qué grandes hombres han dado al mundo? Fuera de nuestro Maldonado, que cultivó con acierto las ciencias evangélicas; fuera de Mariana, gran historiador; fuera de Molina, que ha dejado gérmenes del derecho moderno en sus obras; fuera de Suárez, que ha conseguido espiritualizar un tanto la sensual doctrina tomista; fuera de Kirscher, inventor de la taquigrafía; fuera de Zuki, el cual tanto contribuyó á la perfección de los telescopios; fuera de Grimaldi, célebre por sus observaciones respecto á la luz; fuera de Esquinardi, que descubrió el cometa en 1668; fuera de Vico, escudriñador de los cielos, que señaló con exactitud los dos satélites más cercanos á Saturno, bien puede asegurarse que no hay hombre de primera magnitud en orden de suyo tan numerosa, y que tan grande poder é influjo ha ejercido sobre la humana sociedad y la humana conciencia. Cuando ya el sistema de Copérnico había pasado al sentido general humano desde las grandes alturas científicas, y el péndulo de Galileo había demostrado el movimiento de la tierra, y Newton había entrevisto la universal atracción, y Descartes había basado en el espíritu los fundamentos de toda certidumbre, aún los jesuitas enseñaban los principios reaccionarios antiguos, y querían borrar esta Biblia de la ciencia, en cuyas páginas se ve tan clara la revelación eterna de Dios como en la Biblia de la Sinagoga y en el Evangelio de la Iglesia. En el siglo décimo-séptimo, luchando encarnizadamente con Port-Royal, consiguieron los jesuitas una de tantas victorias horribles, más dañosas al vencedor que al vencido. En las alternativas de aquel combate implacable consiguieron muchas veces que la teología de Port-Royal, ó sea, el Monasterio de sus enemigos, fuese condenada; pero esta condenación trajo sobre la Iglesia de Francia una debilidad generadora de las revoluciones políticas y sobre los jesuitas un triunfo precursor de su inmediata ruina. En aquella campaña espiritual consiguieron ver abolida la Orden contra cuyos dogmas habían tanto peleado, pero también trajeron sobre sí anatema tan terrible como las Provinciales de Pascal, que abrieron una profunda herida en su corazón y determinaron la ruina universal que le alcanzó al siglo siguiente, y de la que nunca pudieron levantarse. Promulgó el Papa la bula *Unigénitus*, victoria nueva del jesuitismo; pero esa victoria, conseguida sobre los

textos de la Biblia y sobre las sentencias de los Padres, debía preparar la Infallibilidad pontificia, y la Infallibilidad pontificia debía traer el principio más contrario al bien y á la salud interior del Catolicismo. Caminaba la Iglesia por la misma senda que la Monarquía. Una y otra con la revocación del Edicto de Nantes en lo eclesiástico y con la decadencia de los Estados generales en lo civil y en lo político, determinaban el colmo de la reacción, tras del cual debía venir, sin falta, el estallido terrible de las revoluciones. La Monarquía sobrecitada por los jesuitas y enardecida con el furor de fundar su autoridad absoluta, verá en el jesuismo un tutor y lo romperá en pedazos. Y al romperlo, romperá como hiciera en tiempo de los Templarios con el primero, el postrimer ejército permanente de los Papas. La misma imprevisión que tuvo al destruir los privilegios de la nobleza, castillo y mural de sus propios privilegios, tuvo al destruir los privilegios del jesuitismo, seguro y mural también de la Iglesia católica. Caídos estos contrafuertes, donde las olas de las ideas nuevas iban á estrellarse, caídos porque la Providencia de Dios está en el cielo y el derecho de la humanidad está en el mundo, las invasiones de la democracia llegaron al mismo pie del trono y de la Iglesia, llamando y atrayendo así las coronas de los Reyes como las tiaras de los Papas sobre sí el rayo inevitable de las revoluciones políticas. Cuando el jesuitismo se creyó más seguro, en el colmo de su poder y de su grandeza, como suele sucederles á todos los poderes absolutos, le sorprendió la revolución y le sobrevino la ruina. Nunca estuvieron sus colegios tan florecientes, sus rivales tan sometidos, las almas tan de lleno en sus manos, la enseñanza tan de seguro bajo su dirección, Reyes y príncipes á su merced por el confesonario, riquezas tan copiosas en sus arcas, Estados tan extensos á su disposición aquende y allende los mares, los tomistas sus competidores tan rendidos, los galicanos sus rivales tan rotos, los jansenistas sus enemigos tan aniquilados como al subir Benedicto XIV al trono pontificio, quien, deseoso de someterlos y encorvarlos bajo su autoridad suprema, celó sus misiones de Oriente, condenó sus procederces con los indios, puso en claro la infamia cometida en los bazares de siervos diseminados por las orillas del Plata y por las selvas del Paraguay; arguyéndoles de interesados y egoístas como jamás les arguyeran los más contrarios de sus argumentadores y refrenándolos con el freno poderoso de su autoridad pontificia. Burláronse mucho aquellos eclesiásticos tan romanos, de las amenazas de Roma. Pero Benedicto XIV, herido por sus burlas, redoblaba sus esfuerzos y se apercibía con tiempo á castigarlos, cuando le sobrevino la muerte. Respiraron los jesuitas al morir Benedicto XIV, y se creyeron completamente seguros de su victoria. Pero el daño les vino, por lo menos el comienzo, de aquella tierra que habían tenido y considerado siempre como su antiguo y seguro feudo; el daño les vino de Portugal. Un su discípulo y protegido, el marqués de Pombal, abrióles profunda herida en el corazón. Su alumno, su penitente, su hechura, su hijo, aprendió en ellos el disimulo, y disimuladamente los arrastró al abismo. Bien es verdad,

que, hombre de Estado, se halló con un reino vendido completamente al arbitrio y poder de los jesuitas; como hombre de administración también, se halló con un Tesoro exhausto y con sus arcas vacías, porque los jesuitas amortizaban el comercio en sus manos y absorbían las rentas coloniales. Poco á poco penetró en el ánimo de aquel ministro, destinado á preparar las grandes revoluciones, la idea de que su pueblo no tenía enemigo tan terrible como la sociedad de Jesús, y poco á poco fué buscando la ocasión propicia de arruinar y extinguir aquella orden extendida como una cancerosa lepra sobre la conciencia y sobre la tierra.

La coyuntura buscada contra los jesuitas por Pombal se halló muy pronto. Era el primer día de Noviembre del año 1755, es decir, mediaba el siglo aquel, en que los filósofos debían comenzar á extender por medio de la enciclopedia las ideas más abstrusas entre los hombres para convertirlos al sentido común humano; y en que los reyes y sus primeros ministros comenzaban la obra inmensa de trastocar la Europa teocrática en una Europa laica. Aquella mañana del primero de Noviembre, á las nueve, cuando la mayor parte de los lisbonenses iban á misa en día de tanta fiesta, estremeciéndose de súbito el suelo de Lisboa, como un barco desarbolado en la tormenta, y próximo á un naufragio. Las iglesias comenzaron á desprenderse y arruinarse sobre las cabezas de los fieles, que saliendo como pudieron, toparon al huir con las ondas del río que había salido de madre é inundaba todo aquel espacio; y sobre las aguas oscuras y bituminosas, exhalándose de las ruinas por do quier amontonadas en espirales muy densas, subían nubes de polvo que por las alturas engendraban la noche y hacían temer una tragedia de Pompeya. El río, que todo lo inundaba; el mar, que rugía por do quier; las cordilleras de ruinas recién amontonadas; los techos venidos á tierra; los interiores de los hogares descubiertos; el incendio mezclándose con las espirales del agua; los heridos aquí, los amenazados allá, los moribundos por do quier; los muertos, cuyas tripas salidas del vientre, y cuyos sesos salidos del cráneo lo manchaban todo; el hierro quebrado como vidrio y retorcido; los buques en tierra; los enseres domésticos flotando en aquel diluvio; los animales más mansos enrabiados por el terror á la muerte; el suelo subvertido, los aires relampagueantes, daban á todo aquel sitio de horrores el aspecto apocalíptico de la última noche del mundo. Los historiadores calculan que murieron de diez á quince mil personas en aquella memorable catástrofe, la cual sirvió á Voltaire para burlarse del optimismo de Leibniz y demostrar al mundo cuán desgraciada es la humanidad y cuán inhabitable su planeta. Las cualidades por Pombal mostradas para conjurar todas las consecuencias de aquel tremendo caso fueron el principal motivo de su poder y de su dictadura. Entonces concibió dos ideas; acabar con la nobleza, y acabar con los jesuitas: con la nobleza que oponía resistencias sociales al Monarca; con los jesuitas que le oponían resistencias religiosas. Una noche que volvía el Rey don José desde sus tertulias á palacio le dispararon un tiro. Hirióle un